



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
México

Fonseca Hernández, Carlos  
Reflexionando sobre la construcción de la masculinidad en el Occidente desde una postura crítica  
Bajo el Volcán, vol. 5, núm. 9, 2005, pp. 135-155  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28650908>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

REFLEXIONANDO SOBRE LA CONSTRUCCIÓN  
DE LA MASCULINIDAD EN EL OCCIDENTE  
DESDE UNA POSTURA CRÍTICA

Carlos Fonseca Hernández

RESUMEN

Este texto se sitúa en la discusión de los estudios de género sobre la naturaleza de la masculinidad, entendida como una serie de atributos que distinguen al varón de la mujer y que se manifiestan en todos los ámbitos de la esfera social. Reflexiona acerca de las posturas biologicistas y las perspectivas constructivistas desarrolladas por estudios de corte sociológico o antropológico y algunas vertientes psicoanalíticas sobre las características de la sociedad que limitan o favorecen a un sector por un pacto sexual.

SUMMARY

This text is situated in the discussion of gender studies about the nature of masculinity, understood as a series of attributes that distinguish man from woman and that are manifested in all areas of the social sphere. It reflects on the biologicistic postures and constructivist perspectives developed through studies of a sociological or anthropological orientation and some some psychoanalytic points of view that limit or favor one sector by means of a sexual pact.

INTRODUCCIÓN

Los estudios de género nacen en el seno del activismo político por la lucha de las mujeres, y las diversidades étnicas y sexuales. Posteriormente se desarrollan en el ámbito académico donde se interpela el papel de la ciencia hegemónica hecha por hombres blancos, heterosexuales, burgueses y de mediana edad. En este sentido surge en Europa y Estados Unidos un movimiento de estudiosos que denuncian una nueva categoría

de estudio social a la que no se le había dado importancia: el género. Si bien, la categoría “clase” había sido analizada por Marx, el género permanecía oculto. Así, se incorpora la condición género para abordar los fenómenos sociales. Por tanto, el género debería entenderse como aquella serie de valores y creencias que se manifiestan en un trato distinto hacia hombres y mujeres por la presencia o no de un órgano sexual. Este trato distinto se manifiesta en un predominio masculino del ámbito público y productivo, mientras que a la mujer se le sitúa en un mundo privado y reproductivo. De esta manera, los estudios de género crean un nuevo enfoque para abordar los fenómenos sociales y han surgido por la necesidad de construir un mundo más equitativo y democrático.

Inicialmente los estudios de género abordaron temáticas relacionadas sólo con las mujeres, pero al paso del tiempo fue evidente que la opresión del género incluía también a los hombres. Así, se iniciaron los estudios sobre la masculinidad, que parafraseaban lo dicho por Simone de Beauvoir en 1949, en el sentido de que no se nace hombre, sino que se llega a serlo. A raíz de esto se han incorporado a este debate hombres, personas de sexualidades periféricas y activistas a favor del medio ambiente.

#### NATURALEZA Y CULTURA

La masculinidad tiene su base más profunda en la creencia de que los hombres son poseedores privilegiados de un secreto que les concede la supremacía sobre las mujeres, por lo que éstas son apartadas del contrato arbitrario que acuerda la fracción masculina. Bourdieu advierte que ser hombre es encontrarse en una posición de poder.<sup>1</sup> Para Kimmel la definición hegemónica de virilidad es un hombre *en* el poder, un hombre *con* poder, y un hombre *de* poder. Se vincula la masculinidad con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable, y ostentando control. Tal definición desarrollada por la cultura perpetúa el poder de los hombres sobre las mujeres y particularmente sobre las minorías sexuales y raciales.<sup>2</sup>

El dominio masculino legitima el uso de la fuerza, la autoridad para controlar la naturaleza y ser el representante del mundo. La visión androcéntrica le atribuye la capacidad de ejecutar el mando hegemónico

con la justificación de que la naturaleza ha concedido una diferencia anatómica que determina una distinción cultural. El determinismo biológico es la justificación para creer que el hombre es más fuerte, más inteligente y más capaz. La mera existencia de un órgano viril externo establece la excusa para la división sexual del trabajo, la exclusión de las mujeres de la ciudadanía y del ámbito público. El hombre no sólo debe ser masculino, debe parecerlo. La raíz etimológica de varón es del latín *vir*: macho, hombre, pero también *virtuoso*. Sin embargo, los hombres se encuentran en la disyuntiva continua de ser demasiado hombres o no serlo de manera suficiente. Si abusan de la demasía pueden cometer actos vandálicos, misóginos, homófobos y agresivos, aun en contra de sí mismos, como poner en riesgo su vida con el objetivo de mostrar su frágil virilidad. Y si los hombres no manifiestan fuerza temen no ser considerados suficientemente hombres. Se sabe de dos niños que vivieron en un mundo salvaje durante los primeros años de sus vidas en el siglo XIX; fueron criados por animales y posteriormente encontrados por Malson que escribió sobre ellos. Estos niños mostraban dificultades para distinguir entre lo masculino de lo femenino. Uno de ellos preguntaba: ¿por qué no puedo vestirme con falda si es más vistoso y me gusta más? El otro no diferenciaba entre los atributos femeninos de las características masculinas. La educación no contribuyó a adquirir los patrones tan marcados de género que caracterizan a la mayor parte de la sociedad humana.<sup>3</sup> Algunas sociedades (por ejemplo, la tahitiana) no mantienen una diferenciación de género tan estricta como la que se evidencia en la cultura occidental, en la cual desde antes del nacimiento la estructura de género está determinada.

¿Por qué desde antes del nacimiento la cultura establece las bases del género? Aunque el cromosoma *Y* prescribe el sexo genético antes del nacimiento, los avances tecnológicos para saber el sexo del niño a través de ultrasonidos, a la vez que describen el sexo del embrión, decretan el género del infante por lo que tiene entre las piernas, por la ausencia o presencia del miembro viril. Badinter asegura que los hombres engendran a los machos, tanto en el ámbito biológico como a nivel psicosocial.<sup>4</sup> El espermatozoide que fecunda al óvulo posee el cromosoma que determina el sexo del embrión; si porta el cromosoma *X* da una hembra y si

tiene el cromosoma *Y* el producto es un varón. La diferenciación del feto macho comienza hacia el día cuarenta después de la fecundación.

Genéticamente los hombres y las mujeres son iguales en 99.7%. El macho *XY* tiene los mismos genes que el embrión femenino *XX* más algo. Hacia las primeras semanas las dos células fecundadas *XX* y *XY* son idénticas, el sistema embrionario se orienta hacia la producción de hembras. El sexo genético no los distingue por sí mismo, para ello es necesaria la actuación de la testosterona para determinar el sexo gonádico. La gónada masculina es el testículo, y la gónada femenina es el ovario. Si el gen *SRY* inyecta la testosterona, la célula fecundada producirá un macho, sin embargo, si la información genética falla y el gen no suministra la cantidad de testosterona necesaria, el huevo no producirá la gónada masculina o testículos, por lo cual se mantendrá con su sexo gonádico femenino aunque hereditariamente tenga un sexo genético masculino. Algunos de estos casos derivan en pseudohermafroditismo y el síndrome Klinefelter que afecta a un hombre de cada 500.<sup>5</sup> Ciertas mujeres poseen el sexo genético masculino, pero no tienen testículos ni órganos sexuales internos ni externos acordes a su sexo genético. Tienen el sexo gonádico femenino porque poseen la gónada femenina: el ovario; pero tienen el sexo genético masculino. En estos casos generalmente son estériles. En tanto, existen hombres con testículos atrofiados y penes pequeños con problemas de esterilidad. El sexo gonádico es determinante ya que determina el sexo corporal, los órganos internos, externos, los caracteres sexuales secundarios posteriores y el sexo legal. Si el sexo gonádico ordena inyectar la cantidad suficiente de testosterona se desarrollará un macho.<sup>6</sup> Así, conseguir un macho es una lucha a cada instante, el menor quebranto testicular pone en peligro a la célula fecundada de ser feminizada. La célula masculina *XY* tiene que enfrentarse activamente a la realización del sistema femenino por lo que el macho se construye contra la feminidad original del embrión.

#### LA DEBILIDAD DEL SEXO FUERTE

La fragilidad es una constante en el embrión, el feto y el recién nacido masculino. La mortalidad infantil de los niños es superior a la de las

niñas. En el útero mueren más niños que niñas y la seguridad social francesa paga 1 714 francos más por un niño que por una niña en el primer año de vida. Pese a que nacen más niños que niñas –de 104.4 a 108.3 por cada 100 niñas–, a los 60 años quedan 92 hombres por cada 100 mujeres aproximadamente, según el país y la época.<sup>7</sup> Los hombres viven una media de ocho años menos que las mujeres (en los países latinos con amplia tradición machista, incluso viven 10 años menos) por trastornos relacionados a la imprudencia que afectan más a ellos que a ellas. Asimismo, el número de trastornos psiquiátricos entre los hombres es mayor que en las mujeres. El travestismo, la transexualidad, las disfunciones sexuales, el alcoholismo, el tabaquismo y otros padecimientos inciden principalmente entre los hombres. Eisenberg revela que quizá la vulnerabilidad de los machos se deba a la esencial fragilidad física del cromosoma *Y* (ya que el macho sólo posee un alelo *X* que no conserva la capacidad de equilibrio presente en la combinación *XX*), o tal vez a la exposición de la sustancia masculinizante de la testosterona a la que se encuentran exentas las células *XX* femeninas.

En la sociedad contemporánea el ideal masculino tiene cuatro consignas básicas:

1. *Mutilación de la feminidad*. El verdadero hombre carece de toda feminidad, exigiéndosele que renuncie a una parte de sí mismo cuando se le reprime la capacidad de afecto y su lado humano. La ternura y la sensibilidad están del lado de lo femenino. El hombre ante todo deberá demostrar que no es un bebé, una mujer o un homosexual. En este sentido, la homosexualidad se ha confundido con afeminamiento, con un parecido grotesco hacia la figura de la mujer que enfatiza las características más nefastas atribuidas a lo femenino.

2. *El hombre debe ser grande*. La hombría se mide por el éxito, el poder y la admiración que causa en los demás. El mandato consiste en la superioridad con respecto a los demás. Ser importante justifica el reconocimiento que el hombre busca a través del trabajo y el éxito económico para llegar a ser “un gran hombre”. El trabajo masculino es la producción, mientras que el de las mujeres es la reproducción. La apropiación del ámbito público supone un imperativo de éxito ante la mirada de los demás hombres.

3. *Ser fuerte como el roble.* El hombre tiene la obligación de ser totalmente potente, independiente, poderoso, autónomo e inmovible con el fin de no mostrar ninguna señal de “debilidad” femenina. Frases como “los hombres no lloran”, “aguántate como los machos”; demuestran el deber de la resistencia y el soportar aun en contra de sus propias fuerzas, manteniendo una actitud totalmente firme que puede llegar hasta la intransigencia.

4. *El uso de la fuerza si es necesario.* Insistir en la consigna de ser el más fuerte de todos. El hombre es culturalmente violento ante la necesidad de demostrar su frágil identidad. La prueba continua de la masculinidad dudosa obliga a dar muestras públicas que puede cometer imprudencias, abusar del poder, humillar al débil y someter a quien considera su amenaza. Este hombre, más parecido a la imagen del *cowboy* de Marlboro o de Rambo o Terminator, e incluso del charro mexicano, es un duro entre los duros. Preparado más para la muerte que para el matrimonio y el cuidado de sus hijos. Según Badinter, se trata de un “mutilado de afecto”. Tal mutilación tiene su origen en los primeros años de vida, en los cuales el niño tiene que “cortar” con la parte femenina heredada de su madre para someterse al duro trabajo de ser hombre.

#### LA IDEA DE LA SEPARACIÓN COMO BASE DE LA IDENTIDAD MASCULINA

La influencia de los primeros años de vida es determinante para cualquier ser humano; en el hombre la separación de la madre supone la propia individualidad y la diferenciación de género. “No se puede ser hombre sin renunciar a la madre, sin cortar los lazos de amor de la infancia.” La virilidad es, en principio, decir no a la propia madre, para poder decir no a las demás mujeres. Esta teoría acusa la presencia de la culpabilidad por la traición a la madre, a quien se ama y teme, la cual es seguida por agresividad y odio hacia ella y las demás mujeres.

Chodorow<sup>8</sup> señala que en el inconsciente se acuña la separación de la madre intensamente dolorosa. Esta madre, que es amada, necesariamente también es odiada. Según la autora, el miedo y la aversión culturalmente universales hacia lo femenino es el resultado de la transferencia de este

odio hacia la madre a todo lo que llega a representarla, es decir, a las mujeres en general y a aquello asociado con el aspecto femenino. De acuerdo con el planteamiento de la escuela feminista psicoanalítica encabezada por Chodorow, el desarrollo de la "masculinidad" exige que el niño suprima la femineidad que lleva dentro mediante el repudio de cualquier vinculación o identificación con la madre. Para hacerse un "hombre" debe aprender a simbolizar su *otro* primero y más significativo como un objeto absolutamente separado, alienado, con el que no se puede establecer ninguna conexión ni comunicación.

Dado que la "masculinidad" se define mediante la separación, la relación misma que las mujeres perciben como algo esencial para la realización de su identidad de género de forma muy característica será experimentada como una amenaza para la identidad de los hombres. Los varones intentan preservarse de este peligro evitando relaciones íntimas o transformándolas en "relaciones homosociales" en las que el *yo* establece la invulnerabilidad consiguiendo distancia y control de los otros. Tal es el caso del miedo inconsciente hacia el contacto con hombres homosexuales, a quienes llegan a considerar peligrosos porque la homosexualidad les parece contagiosa y un mínimo acercamiento significaría poner en duda su virilidad.

Para Chodorow, compartir la paternidad es la llave que permite superar la dominación masculina. La lucha del patriarcado es una lucha por una civilización sin dominación. Badinter arguye la importancia de reinventar al padre mediante el reconocimiento que los hombres engendran hombres. El hombre no nace hombre, se hace; y lo hacen los mismos hombres, a través de la educación y el sistema cultural. Según Badinter, cuando los hombres se dieron cuenta de la gran desventaja de la naturaleza al no poder parir a sus propios hijos, crearon un paliativo cultural de gran envergadura: el sistema patriarcal. Es por eso la enorme necesidad de decir adiós al patriarca y reinventar el padre y la virilidad que conlleva.

La visión constructivista de la masculinidad se opone radicalmente a las perspectivas biológica y esencialista que sugieren que la distinción física entre hombres y mujeres se basa en la presencia del miembro viril,



la fuerza y resistencia. Tal idea se confirma con la presencia de huesos más largos, músculos más duros, talla y peso mayores. Sin embargo, el mito de la fortaleza masculina se desploma al constatar los mayores índices de mortalidad de los fetos, niños y adultos masculinos. Estos datos indican una fragilidad. De igual forma, los hombres no libran duras batallas físicas como la resistencia al parto y la menstruación que suponen una batalla contra la muerte a sangre fría. En este sentido, Beauvoir asegura que en la sociedad no se otorga superioridad al sexo que da a luz, sino al que mata, penetra, invade. En cambio la mujer en la menstruación sangra, pero no muere. Sobrevive y sin embargo no es valorada su lucha por sobrevivir. Por tanto, el hombre se eleva sobre el animal al arriesgar su vida, no al darla.

En estos planteamientos se concibe al hombre como un ser mutilado de una parte original femenina, un sujeto negado a una parte de sí mismo –la ternura, el afecto–, con una serie de características *menos*. Pero también se puede observar que entre hombres y mujeres las diferencias son mínimas, sólo que el hombre tiene algo *más*. Ya sea un cromosoma, un sexo gonádico, un miembro viril, una concepción de sí mismo diferente, un sistema androcéntrico que lo marca, un contrato entre hombres que lo determina, un secreto que origina el patriarcado, etcétera. Un hombre es alguien con algo de *menos* y *más* de algo. Debido a que la masculinidad es un acto continuo de demostración, de prueba constante; al parecer es un asunto que preocupa más a los hombres que la feminidad a las mujeres.

#### LA CONSERVACIÓN DEL IDEAL MASCULINO A TRAVÉS DEL MIEDO

Tradicionalmente, un hombre es la combinación de determinadas características humanas, menos aquellas que se le amputan por ir en dirección de lo que se le atribuye a las mujeres. Se le enseña a reprimir la afectividad, la ternura, la cercanía y el interés en el ámbito doméstico. En cambio, se le promueven cualidades o defectos como la competitividad, la ambición, la agresividad, la organización, el mando y la intervención pública. Al modelo de “hombre” habrá que añadirle los modos de opresor o dominante

con respecto a los sujetos que no cumplen con la fórmula de varón, mujeres y disidentes sexuales. A la consigna de “ser hombre” se dan usos neutros al interior del grupo de hombres, como la homosociabilidad presente en deportes como el fútbol, la euforia del triunfo, la cooperación en el trabajo, la alianza entre ellos cuando salen de juerga o van a una casa de citas; incluso se dan algunas muestras permisivas de afecto entre padres, hijos y familiares cercanos.

Según Alsina y Borràs la virilidad representa una prisión para los hombres, una prueba continua.<sup>9</sup> La masculinidad es educada en preceptos que se concretan en frases como “los hombres de verdad hacen... o no hacen...”, el modelo educativo está basado en éxitos, triunfos simbólicos y en pruebas que deben ser superadas. Para Marques y Osborne, los hombres tienen sus propios héroes a quien imitar, y traidores e impíos a quienes despreciar. Para ello, la masculinidad tiene que ser afirmada. La conducta del varón con respecto a la sexualidad responde no sólo a la búsqueda del placer, sino también a la conservación de la autoimagen y a la imagen masculina que tienen los demás de él. Para un hombre, la identificación social entre heterosexualidad e identidad masculina se pone en crisis cuando otro varón le propone un encuentro sexual. Para él, no comete simplemente un error, sino una injuria. Cuando existe una imposibilidad de autoafirmación, la impotencia conduce a la agresión y la violencia. La impotencia es la ausencia de poder. El hombre violento es un hombre que no tiene poder; que se afirma a sí mismo –y ante los demás– a través de la agresión.<sup>10</sup>

Para Kimmel, la característica continua de la virilidad es el miedo. Para la mayoría de los hombres, ser considerado *poco* hombre es un terror que impulsa a afirmar la propia masculinidad y negar la hombría de los otros. Constituye una inútil forma de probar lo imposible: que se es totalmente hombre. La masculinidad constituye una defensa contra la potencial amenaza de humillación ante los ojos de los demás hombres, una coacción que podría llevar a un sujeto a avergonzarse de sí mismo.<sup>11</sup> Brito asevera que la sexualidad es uno de los ámbitos en los que un varón se prueba a sí mismo y a los demás como “hombre”. La mayoría de los machos todavía creen que las conquistas sexuales les

dan reputación: a mayor número de relaciones sexuales, mayor cantidad de condecoraciones de hombría. De hecho, no importa la orientación sexual, lo mismo ocurre en heterosexuales como en homosexuales.<sup>12</sup> Brito asegura que muchos varones creen que si no dominan sexualmente, no funcionan como hombres. La obsesión por gobernar en la cama hace de muchos hombres pésimos amantes. Castañeda sostiene que la identidad masculina está estrechamente relacionada a la sexualidad. El verdadero hombre se define, ante todo, por su desempeño sexual. El hecho de mostrar mayor preocupación por el rendimiento sexual que por establecer una buena comunicación con su pareja, conduce a los hombres a una pobre habilidad erótica. Según Castañeda, la duración promedio de la relación sexual en México y los países latinos es de sólo nueve minutos, la mitad de la media mundial, conforme a la encuesta Gallup y datos de la OMS.<sup>13</sup>

Sexualmente, los hombres están más ocupados en poseer, ostentar y dominar, que en satisfacer a su pareja. Para Clare, la relación de los hombres con el sexo es a menudo más con ellos mismos que con sus parejas, quienes son únicamente siervos sexuales. Aunque por lo general no son plenamente conscientes, los hombres asocian el sexo con el poder más que con el amor.<sup>14</sup> El valor que los varones atribuyen al pene es el signo esencial de su poderío. De hecho, para la mayoría de ellos no hay sexo sin penetración. La relación hombre-pene se demuestra en el acto sexual, que parece ser un contacto entre el hombre y su propio miembro. La unión sexual entre una mujer y un hombre es esencialmente triangular, y el tercer elemento es el órgano masculino. En el coito el hombre ve un pene frente a él, mientras las mujeres ven un hombre detrás de un pene.

De la misma manera, la prohibición de la feminidad hace que muchos varones rechacen a parejas que acarician sus nalgas o pezones por considerar estos actos un atentado a su virilidad, cerrando de golpe el diálogo sexual y la exploración erótica. No obstante, pese a la gran importancia que los hombres otorgan a la penetración, ésta se vuelve contra ellos. En primer lugar, porque el coitocentrismo no deja espacio a la exploración de otras partes del cuerpo ni a las fantasías. Y en segundo término, porque la potencia sexual, al ser objeto de enorme preocupación, se convier-

te en uno de los factores que contribuye a los principales trastornos sexuales masculinos, tales como la impotencia, la eyaculación precoz y la disfunción eréctil. Otras consecuencias nefastas del machismo en la estructura psicológica son la insatisfacción sexual, la falta de comunicación, la desdicha entre las parejas y, además, la práctica de actividades sexuales no protegidas que atentan contra la salud.

#### EL PRINCIPIO Y FIN DE LA MASCULINIDAD

Bourdieu asegura que el órgano sexual es el principio y final de todas las diferencias. En consecuencia, el orden masculino prescinde de cualquier justificación. Su supremacía no requiere la necesidad de legitimarla. La categoría masculina se apropia de la ciudadanía en todas sus facetas; desde la capacidad de hablar hasta el uso del derecho. El instrumento político de los hombres ejecuta el uso de la palabra desde una concepción neutra del género, como si fuera el representante de la humanidad, en una muestra de expropiación del lenguaje y la comunicación humana. La división de los sexos se fundamenta en el mito de la diferencia anatómica y se instaura en el orden jurídico de la sociedad. A raíz de esto, inserta un sistema de oposiciones análogas de manera objetiva y subjetiva que separan el orden (de las) y las actividades. Algunas de las dicotomías empleadas son alto/bajo, arriba/abajo, delante/detrás, derecha/izquierda, recto/torcido, seco/húmedo, claro/oscuro, fuera/dentro público/privado, salir/entrar. Estos contrastes suministran una fuente inagotable de metáforas con múltiples afinidades y correspondencias. De esta manera, la división de los sexos tiene una equivalencia subjetiva en la división de las cosas y el trabajo.<sup>15</sup>

El cuerpo mismo tiene una categorización dentro del orden dividido de las cosas y las actividades. Tiene una parte delantera, que representa un lugar de diferencia sexual, en donde se reconoce la distinción anatómica entre varones y mujeres, bajo la ausencia o presencia de un órgano. Dar la cara, estar de frente o enfrentar alguna amenaza está correspondido a los varones; mientras que la parte trasera es potencialmente femenina. El lenguaje coloquial ofrece expresiones como “dar la espalda” o

“dar las nalgas” para mostrar la pasividad, la subordinación, el desprecio y el sometimiento.

El rechazo a la sexualidad homosexual masculina seguramente está fundado en el horror de imaginar el coito por la parte posterior del cuerpo, en la retaguardia. Aunque Freud asegura que una de las primeras fuentes de placer en el recién nacido está en el esfínter, y el proceso de desarrollo psicosexual pasa por una etapa oral, anal y genital. El tabú del sexo anal se materializa como una forma de dominación. Antiguamente, los prisioneros de guerra eran sodomizados para demostrarles quién había vencido. Incluso desde la época de Aristóteles se conoce que los mamíferos superiores realizan el sexo anal como un simple y natural intercambio sexual; o como una manifestación de poder; en la cual, el perdedor de una contienda se arrodilla para ser penetrado simbólicamente o realmente por el vencedor.

De tal forma, la función anal representa una contradicción intrínseca. A la vez que es órgano que excreta sustancias es, además, una fuente de placer sexual neonatal que posteriormente la cultura prohíbe, considerándolo un punto de resistencia y dignidad. El papel del recto es vital puesto que ejecuta funciones digestivas imprescindibles. La proctología es el estudio de los padecimientos del recto y del ano. Bonfil sostiene que la medicina define el recto como la vía de excreción de las heces y el ano como el punto de salida de un trámite fisiológico inevitable. Sin embargo, no dice ni una palabra sobre el placer, ni ofrece ninguna explicación sobre el porqué niños y adultos, hombres y mujeres, de todas las culturas, experimentan placer cuando se tocan o cuando se les estimula ese territorio anal.<sup>16</sup>

Según Bonfil, el prejuicio es totalmente enérgico al determinar que un hombre nunca debe inspeccionar o ver su región anal, mucho menos encontrar placer en cualquier contacto propio o ajeno con su ano. En muchos casos, descubrir tardíamente un cáncer de próstata es consecuencia de la negación de los hombres de ser revisados por un proctólogo. Morin asegura que la próstata es un punto de placer cuando es estimulado. Los hombres y las mujeres aumentan la sensibilidad de la región anal con la excitación sexual por una sencilla explicación biológica: en el

músculo anal o esfínter externo y en el perineo (entre el ano y los testículos, o la vagina) se concentran gran cantidad de terminaciones nerviosas que son específicamente sensibles a la estimulación manual u oral.<sup>17</sup> Morin asegura que el masaje prostático es un placer exclusivamente masculino, en el caso de los homosexuales se realiza por la introducción del pene en el músculo anal friccionando la región prostática. Los prejuicios en torno a la sexualidad anal no sólo prohíben tales prácticas, sino generan las condiciones para la propagación de infecciones de transmisión sexual. De tal forma que la negación del placer anal genera un peligroso desconocimiento sobre su vulnerabilidad frente a los condilomas, el herpes, la gonorrea, la clamidia, la sífilis y el VIH/SIDA.

Algunos hombres consideran que pueden realizar prácticas con otros hombres sin ser cuestionada su virilidad mientras no desempeñen la función pasiva. Castañeda se ha percatado que el rechazo a la conducta homosexual es consecuencia del terror a la confusión del género y a una serie de descripciones muy rígidas sobre cómo debe ser un hombre y una mujer. Para la autora, el machismo se explica en una polarización extrema entre lo masculino y lo femenino. Etimológicamente la palabra *macho* tiene varias acepciones. La primera, del latín *masculus*, músculo; haciendo referencia tal vez a la superioridad muscular del hombre sobre la mujer; el segundo sentido, del latín *mulus*, mula; a través del portugués antiguo *muacho*; eufemismo en el que se reconocen las cualidades zoológicas de los hombres como unas mulas. Sin embargo, la palabra *macho* antes de su significado sexista, evocaba la nobleza masculina. En su ensayo *El machismo en México*, Vicente T. Mendoza establece una distinción entre dos clases de machismo. El primero y auténtico se define por el valor, la generosidad y el estoicismo masculinos; mientras que el segundo, esencialmente ilusorio, se cimienta en las apariencias: parecer hombre, no serlo realmente. En este caso, la cobardía se esconde detrás de los alardes. Mendoza revela el dualismo significativo de la palabra machismo, que a través de la historia pierde una de sus acepciones.

Gutmann sostiene que, para la mayoría de los ancianos y algunos hombres de comunidades poco escolarizadas, la palabra conserva su sentido positivo que hace referencia a la responsabilidad masculina; persis-

tiendo los aspectos que distinguen a los verdaderos machos de antaño de los machos *payasos* del presente.<sup>18</sup> Según este autor, el uso peyorativo de la palabra se mostró en 1993, cuando Bush padre bombardeaba Irak y acusó a Saddam Hussein de ser macho. Nunca se había escuchado a ningún jefe de Estado acusar a otro de machismo. Eso da idea de lo extendido del uso del término y la versatilidad de significados.<sup>19</sup>

El machismo, como extensión de la masculinidad, afirma que un varón para ser un verdadero hombre debe ser todo lo contrario a una mujer, lo cual acaba por crear mitades de personas, seres mutilados de sus características tiernas o amorosas, puesto que los hombres no deben permitirse ningún atributo “femenino” ni las mujeres ninguna conducta “varonil”. Este pensamiento ha generado una sociedad donde los hombres no cocinan y las mujeres no cambian una bombilla. Asimismo ha provocado una homofobia muy arraigada en la cultura.

Para Castañeda, la separación de la vida en áreas masculina y femenina es totalmente absurda y carece de sentido. El machismo visible es el tradicional, con prohibiciones explícitas como la proscripción de la homosexualidad. Incluye el maltrato físico y la obligación de las mujeres de tener relaciones sexuales contra su voluntad. En cambio, el machismo invisible es más profundo, utiliza mecanismos de coerción psicológica como la descalificación constante: “las mujeres están mal de la cabeza”, “no sirven para hacer estas cosas”, “los homosexuales son una amenaza”. El aparato de poder hace uso de cierto lenguaje o del silencio para castigar a las mujeres retirándoles la palabra, alejándolas del espacio público.

El machismo invisible incluye la coerción psicológica y la división en masculino y femenino de todas las áreas de la vida. Es muestra del sexismo más etéreo, más moderno, aunque no menos dañino.<sup>20</sup> Aunque actualmente ya casi ningún hombre se jacta de pegar a su mujer, sí se vanaglorian de golpear a homosexuales. Castañeda manifiesta que, a pesar de que se han conseguido algunos logros, para las mujeres todavía persiste la distinción entre lo que los hombres pueden hacer y lo que les toca a ellas. Por ejemplo, algunos hombres que viven en pareja pueden ir a comprar al supermercado, pero no lavan los excusados. Actual-

mente, poco a poco, la situación va cambiando, y algunas mujeres están accediendo a puestos de trabajo considerados “masculinos”. Pero el cambio no ha llegado solo. La incorporación de las mujeres al trabajo remunerado ha cuestionado su “derecho” a la maternidad y ha permitido una transformación de la vida cotidiana. Sin embargo, aún no se ha logrado la igualdad. Para alcanzarla es necesario que los hombres compartan las labores “de mujeres” como cuidar a los hijos o dedicar tiempo a la casa. No obstante, los cambios sociales como la lucha de las mujeres y de la diversidad sexual sugieren que el machismo desaparecerá no porque nos parezca injusto o desagradable, sino por obsoleto, porque significa un obstáculo para las relaciones sociales, económicas y laborales del mundo moderno. El machismo es incompatible con una sociedad democrática ya que el macho no rinde cuentas, no da explicaciones, no acepta críticas.<sup>21</sup>

#### LA PERFORMATIVIDAD DEL GÉNERO

Las normas de género funcionan exigiendo la encarnación de algunos ideales de feminidad y masculinidad, que casi siempre van unidos a la idealización de la unión heterosexual. En esta acepción, la enunciación performativa “¡Es niño!”, anticipa el decreto: “Los declaro marido y mujer”. Dar nombre al niño es el comienzo del proceso por el cual se impone la “masculinización”. Por tanto, la masculinidad no es el producto de una elección, sino la llamada forzosa de una regla cuya compleja historicidad es inherente a las relaciones de disciplina, regulación y castigo. Este acuerdo con las reglas del género es necesario para que tengamos derecho a ser “alguien”. De esta adhesión a las reglas depende la formación del sujeto. En consecuencia, el género de ninguna manera debe entenderse como una elección o artificio que podamos intercambiar; no es posible concebir el género como un rol o una construcción que uno viste cada mañana. No existe ese “alguien” que va al guardarropa del género y deliberadamente decide qué género se pondrá ese día.

La libertad, la posibilidad y la capacidad de acción se establecen dentro de un seno fundado en las relaciones de poder. Sin embargo, la



performatividad del género sexual no consiste en elegir de qué género seremos hoy.

Performatividad es repetir las reglas mediante las cuales nos concretamos. No se trata de una construcción absoluta de una persona sexuada genéricamente, sino es una repetición obligatoria de anteriores normas que configuran al individuo. Estas normas conforman y delimitan a la persona y son también los recursos a partir de los cuales se inicia la subversión y la resistencia. En consecuencia, el género es performativo ya que es el *efecto* de un régimen que establece las diferencias de género de manera coercitiva. Los tabúes, las amenazas correctivas, las prohibiciones e incluso las reglas sociales, operan a través de la repetición ritualizada de las normas. Butler añade que la heterosexualidad manobra mediante la estabilidad de las normas de género. Es por eso que la homofobia suele actuar a través de la atribución a los homosexuales de un género fallido y dañado; designando “masculinas” a las lesbianas, “afeminados” a los hombres *gay*, y “pervertidos” a los transexuales. El terror homofóbico a los actos homosexuales es, en realidad, un terror a perder el propio género y no volver a ser una “mujer de verdad” o un “hombre de verdad”. De ahí que sea fundamental señalar la forma en que la sexualidad se regula mediante el control y la humillación del género.

La relación entre sexualidad y género se conforma a través de la relación entre identificación y deseo. No obstante, el discurso hegemónico exige como requisito que deseo e identificación se excluyan mutuamente: quien se identifica con un determinado género debe desear a una persona de un género distinto. Si desear a un hombre no implica necesariamente identificarse como mujer y desear a una mujer no involucra una identificación masculina, el sistema heterosexual no es más que una lógica *imaginaria* que continuamente reproduce su propia ingobernabilidad. La naturalización de la heterosexualidad no es más que un espejismo. Fuss cuestiona: ¿existe acaso alguna identidad “natural”? La identidad no es más que un constructo político, histórico, psíquico o lingüístico; una muestra de ello es que para los que ejercitan la política de la identidad, la identidad determina necesariamente la acción política.<sup>22</sup>

Eve Kosofsky Sedgwick en *Epistemología del armario* afirma que existe un poderoso vínculo entre la homosociabilidad masculina y la construcción histórica de la masculinidad.<sup>23</sup> De igual forma, Alfredo Martínez Expósito sostiene que forjamos nuestras ideas sobre la sexualidad a través de metáforas cuyos efectos no siempre son predecibles. La cultura occidental ha simbolizado la sexualidad en representaciones de la pareja heterosexual que legitima su naturaleza *animal* por medio del concepto de amor. La metáfora implícita de la expresión *hacer el amor* prueba el nivel de identificación entre actividad sexual y sentimiento amoroso, lo que hace que el amor sea uno de los grandes temas de nuestra cultura.<sup>24</sup> Rafael Mérida sostiene que el sujeto que plantea la teoría *queer* rechaza toda clasificación identitaria. Destruye cualquier forma de identidad para englobarla en un “totalizador” mundo raro, subversivo y trasgresor; que promueve un cambio social y colectivo desde muy diferentes instancias en contra de toda condena. “Ser *queer* no significa combatir por un derecho a la intimidad, sino por la libertad pública de ser quien eres, cada día, en contra de la opresión: el racismo, la misoginia, la homofobia, la intolerancia de los hipócritas religiosos y de nuestro propio odio.”<sup>25</sup>

Para concluir, el estudio de la masculinidad revaloriza las cuestiones de género, identidades y sexualidades en un marco de agudeza crítica con la finalidad de desestabilizar no sólo al sistema, sino también a la Academia. La mayor aportación de esta materia radica en ofrecer nuevas explicaciones bajo un marco conceptual en el que confluyen el género y la sexualidad; los significados y sus resistencias, para dar origen a nuevas significaciones. No obstante, matizando sobre el peligro de designar la masculinidad como una construcción cultural, en el fondo no se hace más que negar la existencia natural o intrínseca de ésta. Es decir, el sujeto masculino no existe sustancialmente, sí constan los significados para sus actos. En otras palabras, la condición definitoria de la masculinidad no existe en sí misma, sino en las distintas significaciones de los actos enmarcados en un contexto cultural. Sin cultura no hay masculinidad. Algo así plantea el feminismo al eliminar las dicotomías masculino/femenino y proponer el *cyborg* o la liberación del yo como ente indoma-

ble. Al destruir el binarismo se extingue coyunturalmente al hombre como sujeto. El *cyborg* no es real, es una metáfora más como lo es el hombre o la mujer. Algunas propuestas de los planteamientos resultan convincentes, pero desde luego no resuelven la cuestión, incluso resultan sospechosas, puesto que –como decía Foucault– el poder no se acaba, únicamente se transforman los medios para ejercerlo. Por tanto, masculinidad y poder están en el mismo barco. Si se de-construye la masculinidad y en su lugar se incorporan nuevos medios de manifestación, como los que aporta la diversidad sexual, ¿cómo estaría garantizado el equilibrio de poder entre la masculinidad dominante y las nuevas virilidades?, ¿no se trata de de-construir una categoría opresiva para construir otra igualmente asfixiante?

## BIBLIOGRAFÍA

- Alsina, Cristina y Laura Borrás Castanyer (2000), “Masculinidad y violencia”, en Segarra, Marta y Àngels Carabí, *Nuevas masculinidades*, Icaria, Barcelona, España.
- Badinter, Elisabeth (1993), *XY La identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid.
- Bonfil, Carlos (1999), “Salud y placer anal. El tabú más resguardado”, en *Letra S, La Jornada*, 3 de junio, México.
- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
- Brito, Alejandro (2002), “A lo macho” en *Letra S, La Jornada*, 5 de septiembre, México.
- Butler, Jutith (1993), “Critical queer”, en *CLQ: A journal of Lesbian and Gay, Studies*, 1. [Versión en español: *Críticamente subversiva*. En: Mérida Jiménez, Rafael M. (2002), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*, Icaria, Barcelona.]
- \_\_\_\_ (2000), “Palabra contagiosa. Paranoia y ‘homosexualidad’ en el ejército”, *Reverso*, núm. 1.
- Castañeda, Marina (2002), “Las formas sutiles del poder masculino”, entrevista de Manuel Zozaya, en *Letra S, La Jornada*, 5 de septiembre, México.
- \_\_\_\_ (2002), *El machismo invisible*, Grijalbo & Raya en el agua, México.

- Chevallier, Philippe (1988), "Population infantile consultan pour des troubles psychologiques", en *Population*, mayo-junio, núm. 3.
- Chodorow, Nancy (1978), *El ejercicio de la maternidad*, Gedisa, Barcelona.
- Clare, Anthony (2002), *Hombres. La masculinidad en crisis*, Taurus, México.
- Fausto-Esterling, Ane (1993), "Los cinco sexos", en Nieto, José Antonio (comp.) (1998), *Transsexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*, Talasa, Madrid.
- Fuss, Diana (1989), *Essentially Speaking. Feminism, Nature and Difference*, Routledge, Londres.
- \_\_\_\_\_ (1993), *Freud's fallen women: identification, desire and a case of homosexuality in a woman*, *Yale Journal of Criticism*, 6: 1. [Versión en español: *Las mujeres caídas de Freud: identificación, deseo y "un caso de homosexualidad en una mujer"*. En Mérida Jiménez, R. (2002), *Sexualidades transgresoras: una antología de estudios queer*, Icaria, Barcelona.]
- Gutmann, Matthew C. (2002), "El machismo" de Matthew C. Gutmann, en *Masculinidades y equidad de género en América Latina*; versión editada en *Letra S, La Jornada*, septiembre, México.
- \_\_\_\_\_ (2003), "Ser macho, una (antigua) responsabilidad masculina", entrevista de Alejandro Brito en *Letra S, La Jornada*, abril, México.
- Kimmel, Michael S. (1997), "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en *Ediciones de la Mujer*, núm. 24, Isis Internacional, México.
- Llamas, Ricardo (1998), *Teoría torcida*, Siglo XXI, Madrid.
- Malson, Lucien (1964), *Les enfants sauvages*, Paris: 10/18.
- Marques, Josep Vicent y Raquel Osborne (1991), *Sexualidad y sexismo*, Fundación Universidad Empresa, Madrid.
- Martínez Expósito, Alfredo (2000), "Desplazamiento semántico y escenificación: dos aspectos semióticos de la identidad sexual", *Reverso*, núm. 2, Madrid.
- Morín, Jack, Ph. D. (1998), *Anal and sexual pleasure*, Down There Press, San Francisco.
- Pheterson, Gail (1989), *Nosotras, las putas*, Talasa, Madrid.
- Prieur, Annik; R. S. Halvorsen, (1996): "Le droit à indifférence: le mariage homosexuel", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 113, 1996.
- Sedgwick, Eve Kosofsky (1998): *Epistemología del armario*, La Tempestad, Barcelona.

NOTAS

<sup>1</sup> Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

<sup>2</sup> Michael S. Kimmel, "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en *Ediciones de la Mujer*, núm. 24, Isis Internacional, México, 1997.

<sup>3</sup> Véase Lucien Malson, *Les enfants sauvages*, Paris, 10/18, 1964, pp. 81-82.

<sup>4</sup> Elisabeth Badinter, *XY La identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

<sup>5</sup> Al respecto Fausto-Esterling (1993) asegura que biológicamente existen cinco sexos: intersexuales, hermafroditas verdaderos, pseudohermafroditas, macho y hembra. Véase Ane Fausto-Esterling, "Los cinco sexos" en José Antonio Nieto (comp.), *Transsexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*, Talasa, Madrid, 1998.

<sup>6</sup> Sin embargo, no habría que considerar que la testosterona es la hormona masculina y el andrógeno la femenina, puesto que en ambos sexos están presentes las dos hormonas pero en distintas cantidades.

<sup>7</sup> Véase Philippe Chevallier, "Population infantile consultant pour des troubles psychologiques", en *Population*, mayo-junio, núm. 3, 1988 ; Jacques Ruffié (1986), *Le sexe et a mort* y el *Censo francés 2000*, y Badinter, *op. cit.*, p. 52.

<sup>8</sup> N. Chodorow, *El ejercicio de la maternidad*, Gedisa, Barcelona, 1978.

<sup>9</sup> Cristina Alsina y Laura Borràs Castanyer, "Masculinidad y violencia", en Marta Segarra y Àngels Carabí, *Nuevas masculinidades*, Icaria, Barcelona, 2000.

<sup>10</sup> Josep Vicent Marques y Raquel Osborne, *Sexualidad y sexismo*, Fundación Universidad Empresa, Madrid, 1991.

<sup>11</sup> Michael S. Kimmel, "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en *Ediciones de la Mujer*, núm. 24, Isis Internacional, México, 1997.

<sup>12</sup> Alejandro Brito, "A lo macho" en *Letra S*, 5 de septiembre de 2002, *La Jornada*, México.

<sup>13</sup> Marina Castañeda, *El machismo invisible*, Grijalbo & Raya en el agua, México, 2002.

<sup>14</sup> Anthony Clare, *Hombres. La masculinidad en crisis*, Taurus, México, 2002.

<sup>15</sup> Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

<sup>16</sup> Carlos Bonfil, "Salud y placer anal. El tabú más resguardado", en *Letra S*, 3 de junio de 1999.

<sup>17</sup> Jack Morin, *Anal and sexual pleasure*, Down There Press, San Francisco, 1988.

<sup>18</sup> Matthew C. Gutmann, "El machismo" en *Masculinidades y equidad de género en América Latina*; versión editada en *Letra S, La Jornada*, septiembre 2002, México.

<sup>19</sup> Matthew C. Gutmann, "Ser macho, una (antigua) responsabilidad masculina", entrevista de Alejandro Brito en *Letra S, La Jornada*, 3 de abril de 2003, México.

<sup>20</sup> Marina Castañeda, *El machismo invisible*, Grijalbo & Raya en el agua, México, 2002.

<sup>21</sup> Marina Castañeda, *Las formas sutiles del poder masculino*, entrevista de Manuel Zozaya, en *Letra S, La Jornada*, 5 de septiembre de 2002, México.

<sup>22</sup> D. Fuss, *Essentially Speaking. Feminism, Nature and Difference*, Routledge, Londres, 1989.

<sup>23</sup> Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemología del Armario*, La Tempestad, Barcelona, 1998.

<sup>24</sup> Alfredo Martínez Expósito, "Desplazamiento semántico y escenificación: Dos aspectos semióticos de la identidad sexual", *Reverso* núm. 2, Madrid, 2000.

<sup>25</sup> Rafael Mérida Jiménez, *Sexualidades transgresoras: Una antología de estudios queer.*, Icaria, Barcelona, 2002.